

arrepentía, era de no haber arrojado entonces al uno y al otro de aquella altura (1); en Cantú recibió homenaje de Felipe María, el cual, sin embargo, no quiso admitirle en Milan; instituyó vicarios imperiales á los jefes gibelinos para cohonestar su tiranía.

Mucho tiempo despues, disgustado de las frecuentes contiendas entre Alemania y Bohemia, pensó volver á pasar al otro lado de los Alpes y presentarse con toda solemnidad, cual acostumbraban sus predecesores, y llegó á Milan con dos mil caballos que le acompañaban, mas como comitiva que para defensa. Felipe María, que habia solicitado esta expedición en perjuicio de los Venecianos, desconfió de las intenciones de Sigismundo, y se encerró en el castillo de Abbiategrasso, sin dejarse ver del emperador, el cual se hizo coronar en San Ambrosio. Temido y temeroso en Milan, mal mirado en Toscana como amigo del duque, y siempre escaso de dinero y tropas, atravesó mezquinamente la Italia, dirigiéndose á Roma á fin de persuadir al papa á que aceptase el concilio de Basilea; pero no habiéndolo conseguido, se hizo coronar y regresó á su país.

Atten-
dolo
Sfor-
cia.

Francisco Sforzia habia entrado secretamente con el favor de Felipe María. Los comisionados que iban reclutando soldados, invitaron á alistarse á un campesino de Cotínola llamado Attendolo, que estaba cortando leña; Attendolo vacila, y para decidirse arroja el azadon sobre un árbol, resuelto á continuar su oficio si cae al suelo; pero queda entre la ramas y al momento acepta las armas que le ofrecen, con su bravura adquiere el nombre de Sforzia, obtiene nuevos grados, y al fin llega á ser jefe. El rey Ladislao de Nápoles lo toma á su servicio, lo nombra condestable del reino y le hace donacion de siete castillos en el Patrimonio de San Pedro; adquiere luego otros como tributario de la república de Siena, y llama á su lado á sus parientes, acostumbrados al trabajo y á la sobriedad é interesados en sostenerle por ser su único apoyo, y les confia los mandos de su ejército. Á la muerte del rey Ladislao es encarcelado, pero muy pronto se le reconoce como necesario y vuelve á su primitivo valimiento. Nombrado alférez de la Iglesia, hostiliza á Braccio de Montone; amenaza al papa, con hacerle decir cien misas por un dinero; pero no triunfa contra un valor mas hábil y prudente. Cuando Juana II le dió el baston de condestable, se disputaba sobre la forma del juramento; pero ella les dijo: « Consultádselo á él mismo, el cual tantos me » ha prestado y tantos ha prestado á mis ene- » migos, que nadie mejor que él debe saber el » modo de obligarse y de librarse de una obli- » gacion. »

(1) En 1536, cuando Carlos V quiso subir á la abertura de la cúpula del panteon de Roma, un tal Crescenci que le acompañó dijo á su padre, que habia tenido el pensamiento de arrojarlo abajo para vengar el saqueo de Roma, y el padre le respondió: *Hijo mio, esas cosas se hacen y no se dicen. Relacion del saqueo de Roma. Manuscrito del Vaticano.*

Despues de haber sido el principal personaje que figuró en las guerras de la Baja Italia, murió ahogado en el vado del Pescara. Su ejército, unica garantía de los privilegios y posesiones que por miedo le habian concedido los príncipes, estaba á punto de dispersarse, pero su hijo Francisco conservó unidas estas tropas y obedientes sus altaneros oficiales, dando muestras de aquella diestra política que debia luego elevarlo á la mas hermosa soberanía de Italia. Habiendo adquirido una gran reputacion en todos los hechos de armas que tuvieron lugar en aquel país, y comprendiendo lo que valia una buena espada, no estaba ya contento con los dominios que habia heredado de su padre y dirigia sus miras á mayor altura. Viendo que su importancia iba siempre en aumento, hizo que Felipe le prometiese la mano de Blanca, su hija natural; pero apenas salió este del peligro que le amagaba, se arrepintió de su promesa y rehusó cumplirla. Sforzia se marchó y se formó un marquesado en Ancona, bajo la supremacía del pontífice; pero no pudiendo despues mantener sus tropas, se puso al servicio de los Florentinos. Estos habian sostenido la guerra con variada suerte, hasta que Nicolas Piccinino, que tomó el mando del ejército de Braccio de Montone, por muerte de este, ocurrida en Aquila poco despues que la de Attendolo, pasó al servicio de los Visconti y derrotó á los Florentinos en las riberas del Serchio, apoderándose de su artillería, de sus municiones y de cuatro mil caballos, de modo que los de Florencia, despues de haber asaliado siete ejércitos con una constancia admirable, se vieron obligados á ceder la ciudad de Luca y aceptar la paz.

El pérfido Felipe fingió entonces que licenciaba á Piccinino, dándole instrucciones secretas para que devastase la Toscana, la cual viéndose precisada á tomar de nuevo las armas, tuvo una satisfaccion en atraer á sus banderas á Francisco Sforzia. De este modo se hallaron en oposicion los dos principales capitanes de aquella época, que representaban las dos antiguas escuelas de Braccio y de Attendolo. Al principio la guerra se hacia con lentitud, porque Sforzia no queria disgustar enteramente al duque y deshacer un Estado que esperaba fuese suyo; sin embargo, cuando vió que era el juguete de la astucia y ficcion de Felipe María, se quitó la máscara y aceptó el baston de mando que los Venecianos y Florentinos le ofrecieron, con nueve mil florines mensuales de los primeros y ocho mil cuatrocientos de los segundos.

Desde entonces los dos generales procuraron sobrepujarse uno á otro en valor y destreza, pero con perjuicio de Venecia, de la Toscana y de la Marca de Ancona, cuyos territorios devastaron alternativamente. Brescia sostuvo nuevamente un sitio que fué célebre, y durante el cual Brígida de Avogadro llevó á las mujeres á repeler á Piccinino. Los Venecianos, que por la enemistad que tenían con el marques de Mantua, no podian enviar sus naves por el Pó al

Francisco
Sfor-
cia.
1424.

1435.

Mincio y desde este al lago de Garda, hicieron remontar por el Adige dos galeras grandes, tres medianas y veinticinco barcas, que despues arrastraron á fuerza de caballos al traves de la montaña interpuesta y de allí las arrojaron al lago: esto causó una admiracion y terror que Piccinino dispó muy pronto, incendiándolas.

¿Qué importan á la historia las ciudades tomadas y perdidas, las fortalezas arruinadas, asesinatos y traiciones alternadas con las batallas y los padecimientos de una plebe sin nombre? Ella habla de los jefes y hace ver cómo entre aquellos combates dados por un precio convenido, el mismo capitán, vencido hoy, reaparece mañana con ejército no ménos numeroso, eternizándose de este modo las guerras que agotaban el erario, empobrecian al pueblo y no le aseguraban de sus enemigos, así como se hacian las paces por necesidad y se violaban por capricho. Piccinino, aunque güelfo, desprecia las excomuniones, comparándolas á las cosquillas, que solo las siente quien las teme; se hace señor de Pontrémoli y de Bolonia, y es adoptado por las familias de Visconti y de Aragon. Tambien los otros capitanes que Felipe asalarió querian ser soberanos; Ludovico San Severino queria á Novara; Ludovico del Verme á Tortona; Talian Friulano á Bosco y Frugarolo; de modo que el duque, que habia despedido á Sforzia por no hacerlo soberano, lo llamó de nuevo, porque era el partido ménos malo que podia elegir, concediéndole la mano de su hija y por dote el condado de Pontrémoli y Cremona. La paz de Cavriana restituyó sus primeros confines á los territorios del duque, á los de las repúblicas de Venecia, Génova y Florencia, al papa, y al marques de Mantua.

1441.

Entonces Francisco, para vengarse de Alfonso, rey de Nápoles, que le habia ocupado los feudos paternos, marchó contra este soberano; Pero receloso de él, Felipe se puso de acuerdo con Eugenio IV para quitarle la Marca de Ancona, y sitió él mismo á Pontrémoli y Cremona. El gran general sucumbia á las intrigas de su suegro, cuando los Venecianos, mirando como rota la paz de Cavriana, enviaron un ejército á devastar todo el territorio de Milan hasta bajo sus murallas. Atemorizado Visconti, al ver que Venecia se obstinaba en su proyecto de conquistar toda la Lombardia, se reconcilió con su yerno, asegurándole doscientos mil florines de oro anuales para mantener su ejército y el de Piccinino, que habia muerto (1444) con el disgusto de no haberse engrandecido, ni obtenido gratitud de aquellos á quienes habia servido.

1446.

1447.

Pero los consejeros de Felipe María, temiendo el engrandecimiento de Sforzia, ya consiguiendo que aquel le odiase, cuando murió aborrecido de todos. No dejó hijos y muchos solicitaron tan pingüe herencia. Hasta entonces no se habia determinado en el Milanésado el modo de heredar el dominio, y como en los otros principados italianos ó lo poseían los hermanos en

comun, ó se lo repartian, ó uno sucedia á otro, sin atender á la descendencia del difunto, hasta los hijos naturales percibian alguna porcion. La casa de Orleans tenia sus pretensiones por parte de Valentina Visconti, pero este feudo no era de femineidad; mucho ménos derecho tenia Sforzia como marido de una bastarda de Felipe. El imperio no lo podia reclamar como feudo vacante, porque no bastaba á darle este carácter el acto de Wenceslao, contradicho tambien por los señores alemanes. Alfonso V de Nápoles presentaba un testamento que Felipe María hizo en su favor; ¿pero era auténtico? ¿se trataba tal vez de una propiedad que pudiese legar á su capricho? El Milanésado era un Estado libre, reconocido como tal en la paz de Constanza, que habiendo confiado su gobierno político á los Visconti, al extinguirse esta familia, volvía á ser independiente.

Los Milanéses comprendieron este derecho, y desengañados del dominio de uno solo que miraban como *pesima pestilentia*, proclamaron la *aurea republica ambrosiana*, volviendo al antiguo régimen popular. Los capitanes, al momento hicieron venir á los desterrados, prohibieron las blasfemias, los juegos de suerte y azar y llevar armas; se obligó á los panaderos á sellar el pan; restablecieron las escuelas invitando á los mejores maestros *con condiciones que pudiesen justamente contentarlos* (1). Pronto las demas ciudades sacuden el yugo de la metrópoli, y Pavia, Como, Alejandria, Novara y Tortona se reforman bajo el régimen comunal para gobernarse popularmente ó eligiendo señores.

Entonces pudieron constituirse en Italia tres fuertes repúblicas, Florencia, Venecia y Milan, reuniendo de este modo la sábia prudencia de la primera al comercio de la segunda y la culta magnificencia de la última, y asociándose á la fuerza de los Suizos, oponer una federacion de pueblos libres al incremento de las vecinas monarquías; pero Florencia, principiada á someterse al principado con Cosme de Médicis; Venecia, impulsada á las conquistas por el dux Foscari, y esperando aquella union que mas tarde efectuaron los Austríacos, aprovechó este momento para obtener las ciudades de Brescia y Bérgamo, ambicionando las restantes; entre los Lombardos, se habia abandonado el uso de las armas, y tanto se habian connaturalizado con la costumbre de obedecer, que apenas sobresalía alguno, lo proclamaban señor. Muy peligrosos debian ser á la sazón el talento y valor de Francisco Sforzia, mayormente cuando se hallaban abandonados por las ciudades donde resucitaban antiguas rivalidades; en

(1) Aquella república fué censurada por Corio para adular á los duques, y por Verri á causa del odio que tenia á la Cisalpina; pero creo mas bien los documentos de Rosmini que las irónicas declamaciones de Verri. Leo, entre los errores de que abunda su historia de Italia, dice que Rosmini « por vituperar la república, produce muchas ordenanzas sobre la religion, las ciencias, y la policía. » Precisamente lo hace por lo contrario.

República
ambrosiana
14 de agosto.

guerra con los Venecianos, con divisiones intestinas, faccionados en grandes partidos, y abrumados con las exigencias de los capitanes aventureros á quienes no podian licenciar, ni reducir á obediencia. En tal conflicto los capitanes de la *áurea república*, como si hubiesen olvidado las pretensiones de Sforzia, ó estrechados por los Gibelinos, le confiaron las armas para que los defendiese de sus enemigos. Verdaderamente lo hizo así y triunfó en la guerra de la Marca, pero no trabajaba en favor de ellos; así es que despues que con brillantes victorias abatió á los Venecianos que se habian creído á punto de conquistar el Milanésado, y habiéndolos reducido al mayor apuro, convino con ellos en cederles el Cremasco y la Geradadda, siempre que le ayudasen á obtener la sucesion de Felipe María.

1448.

No le asustaban las perfidias, y su amigo Cosme de Médicis le habia enseñado á atender al bien propio, no al de los demas. Algunos hombres generosos trataron de desbaratar este convenio, y excitaron á los Milanéses á resistir al traidor, al desertor; se enviaron á todas partes proclamas que lo difamaban, y se aceptaron los socorros del duque de Saboya que tambien ambicionaba aquella bella posesion; pero Sforzia, superior en el arte militar y sostenido por los Venecianos que hacian traicion á ciudadanos libres por buscar un vecino peligroso, sitió por hambre la ciudad, la cual viendo salir ilusorios todos sus esfuerzos, se sublevó, depuso á los magistrados populares, y los sustituyó con Gibelinos, á cuyas insinuaciones se entregó á Sforzia, para adquirir pan y tranquilidad. « Mientras él estuvo en Monza, gran número de Milanéses iban todos los dias á visitarlo, y muchos le recitaban versos y discursos elegantísimos. Cuando llegó el dia fijado para su entrada... los Milanéses tenian preparado un carro triunfal con un palio de tela blanca recamada de oro, y una gran multitud aguardaba al príncipe delante de la puerta del Tesino; pero Francisco, por modestia, rehusó el carro y el palio, diciendo que tales cosas eran supersticiones de los reyes. Habiendo entrado, fué al sagrado y magnifico templo de la Virgen María, se detuvo delante de la puerta y se vistió de blanco hasta los piés, segun acostumbraban los duques cuando tomaban posesion del señorío. » (Corio.) De este modo fué acogido entre las aclamaciones de aquellos que dos meses antes habian ofrecido diez mil ducados en oro y otros tantos en tierras á quien lo matase, y la monarquía militar fué establecida en Milan.

Sforzia,
duque.
1430.

Con su destreza supo adormecer al pueblo con fiestas; no confió los cargos públicos á sus enemigos; se arregló con los beligerantes; volvió á su obediencia, una tras otra, las ciudades que anteponian una libertad peligrosa á una servidumbre tranquila, y por último, las de Como y Bellinzona, comenzando una nueva política y una nueva dinastía que entre asesinatos y trá-

gicos sucesos apenas debia llegar con mucho trabajo á la sexta generacion. Comprendiendo que « la plebe acostumbrada de nuevo á las armas, se acordaba de su libertad, » pensó Sforzia construir una fortaleza; pero temia mostrar con esto desconfianza, y para evitarlo encargó á sus adictos que persuadiesen al pueblo que sería adorno y seguridad de la ciudad. Los ciudadanos mas cautos se opusieron, pero prevalecieron los otros, y las parroquias suplicaron al duque que edificara aquel castillo, que fué el mas fuerte de cuantos en Italia se construyeron en terreno llano.

Podia esperarse algun obstáculo por parte del emperador, y precisamente cuando Federico III se dirigia á Italia en aquellos dias; pero vendia baratas las antiguas pretensiones imperiales. Iba á aquel país para recibir á su prometida Leonor de Portugal, y el diario de aquellos acontecimientos manifiesta cuánto se habia adelantado la civilizacion de Italia, á pesar de sus desgracias, á la de los extranjeros. Nicolas Lamckman, capellan de Federico, tuvo que vestirse de peregrino con su comitiva para llegar á Portugal, y no obstante fueron de trecho en trecho sucesivamente despojados ó por bandas de aventureros ó por los poderosos comandantes de las ciudades (1); felices cuando encontraban algun banquero florentino que les proveía otra vez de dinero. En Siena salieron cuatrocientas damas de aquel país á recibir á Federico; al entrar en Florencia, Carlos Marzupini, secretario de la república, le dirigió una oracion latina llena de frases y vacía de sentido, como entónces acostumbraban los eruditos; pero Enéas Silvio Piccolomini contestó á nombre del emperador, su amo, con frases positivas, y dirigiendo algunas preguntas, á las cuales no supo responder Marzupini por no estar preparado.

Federico llevaba consigo á su sobrino Ladislao Póstumo, se pudiera decir como prisionero, y los Húngaros trataron de robarlo; pero los Florentinos lo impidieron, si bien interpusieron aunque en vano sus esfuerzos con el emperador en favor de él. Federico contrajo su matrimonio en Roma, donde fué coronado; en Nápoles visitó al espléndido Alfonso; á su regreso confirió por dinero á Borso de Este el título de duque de Módena y Reggio, y el de conde de Róvigo y Comacchio; por dinero concedia títulos y prerogativas á quien todavia le daba importancia; y por dinero creó nobles, notarios y condes palatinos á cuantos quisieron. La isla de Murano entónces era célebre por sus obras de vidrio, que se vendian á gran precio, y en términos que

(1) *Historia desponsat. et coronat. Feder. III et conjugii ipsius, auctore Nicolao Lanckmano de Falkenstein.* ap. Pertz II, 506-602. Los caminos no estaban mas seguros en Italia. Cuando Petrarca fué la primera vez á Roma, tuvo que refugiarse en el castillo de Capráncia hasta que el obispo de Lombrés llegó para llevarle acompañado de cien caballeros. Juan Barile, enviado por Roberto de Nápoles á fin de que asistiese á la coronacion del poeta, fué robado en el camino y tuvo que volverse. Juan Villani, III, 80, cuenta como un gran hecho que en once dias llegó á Paris un despacho del cónclave de Perugia remitido por los correos de los comerciantes.

una fuente de cristal guarnecida de plata fué comprada por un duque de Milan en tres mil quinientos ducados. Cuando Federico entró en Venecia, la señoría de aquella república le presentó, entre otros regalos, un magnifico servicio de cristal. Su Majestad hizo una seña al bufon, el cual dando un golpe con sus espaldas á la mesa donde estaba colocado, tiró cuanto en ella habia y lo hizo pedazos; y mientras los Venecianos se manifestaban disgustados, el emperador de Occidente exclamó: « Si hubiesen sido de oro no se hubieran roto. »

Francisco Sforzia sabia cómo debia tratarle, de modo que vacilando el emperador en reconocerlo como duque, bastó que manifestase que se hallaba dispuesto á defender con las armas el título concedido por su predecesor. Sforzia tuvo sujetos á sus nuevos súbditos; deshizo una liga que Venecia habia formado contra él con el rey de Nápoles, el duque de Saboya, el marques de Monferrato, los Sieneses, y los de Correggio; y supo hacerse aparecer como necesario á varios potentados. Un doble matrimonio le unió con la familia real de Nápoles; otros con la del marques de Mantua, con la de Saboya y con Francisco Piccinino, capitan y digno sucesor de su padre, con lo cual se reconciliaron los Sforzeschi y Bracceschi; ayudó á expulsar á los Franceses de Génova y obtuvo la señoría de esta república; en una palabra, fué uno de los príncipes mas grandes de Italia, y atendiendo á aquella época, de los mas buenos. Conservó en el trono aquellos modales francos adquiridos en los campamentos, y aunque llegó al poder por medio de la espada, la depuso y asoció su política á la del negociante Cosme de Médicis. Honró las artes y gobernó con sabiduría, restituyendo al gobierno el vigor que le dieron los Visconti, sin imitar su crueldad.

Fué mas afortunado que los demas jefes de banda, y puede decirse el último de ellos, puesto que desde aquel momento pierden su importancia y los príncipes tienen territorios bastante extensos, para reclutar soldados en ellos con rentas suficientes para su manutencion (1). Entre las interminables batallas que se daban hacia dos siglos, los políticos habian imaginado que el único medio de conservar la Italia, era mantener un cierto equilibrio entre los Estados. Á esto contribuían las alternadas alianzas y mucho mas los guerrilleros, que se pasaban de

(1) En 1467 se publicó en Milan el siguiente edicto convocando á los ciudadanos para la guerra: « Se hace notorio » y manifiesto á toda persona de cualquier grado y condicion » que sea, de parte de nuestro señor el tercer duque de » Milan, etc., en todos los territorios de su dominio, que cualquier soldado ó que tenga práctica en el servicio de las » armas, así de á caballo como de á pié, ya sea del país, » ya forastero, que al presente se encuentre habitando en los » dominios ducales y que quiera ir al campo donde nuestro » excelso señor duque III se encontrará, vaya equipado y armado, pues que habrá buena y fuerte guerra en los países » del Piamonte, presentándose apenas llegó al campamento » á Pedro Francisco Visconti, caudillo y mariscal del campo, » y luego que se ponga la banda blanca, como lo hacen los » demas. »

una á otra parte, de modo que el mas poderoso podía encontrarse de la noche á la mañana enteramente sin tropas. Florencia, situada en el centro entre Venecia y Milan al Norte, Nápoles y el patrimonio de la Iglesia al Mediodía, se unia á los unos ó á los otros, segun creia necesario, para evitar la superioridad de estos ó de aquellos.

1453.

Entónces estaban todas las ciudades de la antigua liga lombarda bajo el dominio de uno solo, excepto Bolonia, que alternaba entre tiranía y Estado libre. La Sessia tenia sus confines entre el Milanésado y el Piamonte, donde los duques de Saboya no habian hecho mas conquista en mucho tiempo que la del condado de Asti. En la Toscana, Siena y Luca, conservaban su libertad, el resto obedecia á los Florentinos; Ferrara y Módena á los de Este; Mantua á los Gonzagas; Urbino pasaba de los Montefeltros á la casa de la Rovere; y la Romania se habia dividido en cien pequeños señoríos; pero el amor á las artes, á la tranquilidad y á las letras ocupaba á príncipes y á pueblos, que ya no atendian solamente á la guerra; las consideraciones que en otro tiempo solo se circunscribian á los capitanes, ya se dirigian tambien al literato y al pintor. Al poco tiempo las conquistas de los Turcos llamaron la atencion repentinamente, siendo objeto de todas las conversaciones, y la toma de Constantinopla se consideró como una desgracia doméstica, como un peligro común.

Entónces Francisco concibió el pensamiento de formar de toda Italia una Confederacion, para excluir de ella á los extranjeros cualesquiera que fuesen, y conservar la paz: y por mediacion de fray Simonetto de Camerino, fué estipulado en Lodi entre él, Cosme de Médicis, los señores de Saboya, de Monferrato, de Módena y de Mantua, las repúblicas de Venecia, Siena, Luca y Bolonia, el rey Alfonso y el papa; y de este modo descansó por un momento la Italia de tantas guerras, y pudo esperar que esta Confederacion salvase su independencia y libertad.

Su sucesor Galeazo María Sforzia, desviándose de las huellas paternas, fué voluptuoso y cruel. La vigorosa ambicion de su padre y los consejos de Cicco Simonetta, secretario de Estado y hombre eminentísimo por su prudencia y consumada práctica, mantuvieron al principio la tranquilidad del país; pero Galeazo María, alentado con el apoyo de los Florentinos y de Luis XI, rey de Francia, su cuñado, descubrió su perverso carácter. Privó de toda participacion en los negocios á su madre Blanca, mujer sabia y experimentada, y aun se dice que la envenenó. Quiso hacer ostentacion de sus riquezas y se marchó á Florencia con Bona de Saboya, su mujer, llevando por él inaccesible Apenino doce carros cubiertos de sargas de oro, cincuenta palafrenes para la duquesa y otros tantos para él, todos con arneses recamados de oro. Su guardia se componia de cien hombres de armas y quinientos infantes; además cin-

Paz
de
fray
Simonetto.
1466.Galea-
zo
María.
1476.

cuenta escuderos vestidos de seda y plata, quinientas traillas de perros de caza, y un sinnúmero de halcones; de modo que contando los cortesanos no había ménos de dos mil caballos, importando los gastos doscientos mil florines de oro (1). Los Médicis no quisieron quedar atrás en suntuosidad, y pudieron añadir muchas preciosidades de las bellas artes; Florencia mantuvo con sus fondos públicos aquella numerosa comitiva y dió tres representaciones sagradas, á saber, la Anunciación en San Félix, la Ascension en los Carmelitas, y la Venida del Paráclito en el Espíritu Santo, cuya iglesia desgraciadamente se incendió.

Á su inclinación al fausto y á las mas escandalosas sensualidades reunia Galeazo una fatal tendencia á la crueldad y á los mas refinados tormentos. Para que quedase complacido de los espantosos suplicios que presenciaba, lo acompañaba de insultantes bufonadas, y no le satisfacían sus liviandades, sino las sazónaba con un triunfo desvergonzado, con la desesperación de los maridos y de los padres deshonrados. Para probar su intrepidez, mandó cierto día que pusiesen á su barbero en un tormento, y cuando lo sacaron, quiso que le afeitase. Fue otra de sus víctimas una hermana de Jerónimo Olgiato. Ofendido este de aquel ultraje, se reunió con Andres Lampugnani y Carlos Visconti, los cuales entusiasmados por Nicolas Montano con las ideas de la libertad romana y de la reputación que adquieren los tiranidas, se juramentaron ante los altares cual si se propusiesen una obra santa y gloriosa, y lo asesinaron.

El pueblo, enfurecido, mató á estos y prestó

(1) « Llevaba consigo á sus principales feudatarios y consejeros; todos iban vestidos de tela de oro y plata regalada por el liberalísimo duque; su comitiva estaba muy bien equipada con trajes nuevos; los cortesanos pensionados por el príncipe vestían de terciopelo y otras finísimas telas de seda é igualmente sus camareros, que se distinguían por brillantes recamados; á cuarenta de ellos les habia dado un collar de oro, siendo el de menor precio de cien ducados; y Viricilino Visconti iba delante de él llevando su espada. Tenia cincuenta escuderos, todos vestidos con dos trajes, uno de tela de plata y otro de seda; en fin, hasta los criados de cocina estaban vestidos con diversos terciopelos y rasos. Hacía que llevasen tras él cincuenta caballos con silla de tela de oro, látigos tejidos de seda, estribos dorados, y sobre poderosos caballos iban elegantes manebos vestidos con jubon de tela de plata y una capa de seda á la *sforcesca*; para la guardia de su excelencia habia cien hombres de armas, vestidos todos como capitanes, y cincuenta infantes escogidos, cada uno de los cuales estaba pensionado por el príncipe. Para la duquesa habia destinado cincuenta hacaneas, todas con sus sillas y arneses de oro y plata, sobre las cuales iban sus pages ricamente vestidos; tenia doce carruajes, todos cubiertos de tela de oro y plata y recamadas sobre ellas las insignias ducales. Los colchones y las cabeceras eran de tela de oro rizado, algunos de plata y otros de raso carmesí, y hasta los arrees de los caballos estaban cubiertos de seda. Para pasar los Alpes hizo poner estos carruajes sobre mulos. La comitiva se componia de dos mil caballos y doscientos mulos de tiro, todos enjazzados del mismo modo y con mantas de damasco blanco y de color mas oscuro, llevando en medio recamadas de oro y plata las armas ducales, y los muleros vestidos de nuevo á la *sforcesca*. Tambien llevaba quinientas parejas de perros de diversas clases y graadísimo número de halcones y gavilanes. Iban asimismo cuarenta trompetas y pifanos, muchos bufones y otros con diversos instrumentos músicos. Se calcula que todo este aparato costaria doscientos mil ducados. » CORIO.

homenaje á Juan Galeazo, hijo del difunto, de edad de seis años, en cuyo nombre gobernaron la viuda Bona y el prudente y hábil Cicco Simonetta, los cuales agradaban á los súbditos y tenían sujetas las provincias; pero los tíos del duque, á quienes el ejemplo de Francisco hacía creer que ninguna ambición era imposible de realizar, vinieron á conmovier el Estado y á pretender parte en la administración, contando para ello con el apoyo de los Gibelinos y de los extranjeros, y especialmente Luis el Moro, que trataba de elevarse sobre las ruinas de todos. La destreza de Cicco desbarató sus maquinaciones; pero entretanto el rey de Nápoles y Sixto IV suscitaban por todas partes enemigos al nuevo gobierno.

Después de haberse entregado Génova otra vez á los Franceses, y sacudido su yugo nuevamente con auxilio de Francisco Sforzia, el cual, aunque la tuvo sujeta, observó las condiciones estipuladas, se ingenió luego cuanto pudo, para recibir magníficamente á Galeazo María cuando hizo aquel famoso viaje; pero él se presentó con un traje ménos que sencillo, y entre insultante y medroso se alojó en un castillo. Entonces los Genoveses ofrecieron entregarse á Luis XI, quien les respondió: *Y yo os entrego al diablo*. En su consecuencia tuvieron que someterse, aunque con disgusto, á los Sforzias, de cuyo dominio se separaron para volver á él diez años después.

Los Suizos, que habian adquirido la fama de invencibles, se dejaron pervertir por el orgullo, por las lisonjas de los príncipes, el oro y el lujo extranjero, resultando de aquí la corrupción en los consejos, la manía de empresas guerreras, y que la bravura se hiciese venal. Los magistrados alistaban á los reos que se les entregaban para juzgarlos y los enviaban después al combate, y hasta el mismo gobierno vendía sus batallones á los extranjeros. Habiendo cortado los Milaneses uno de sus bosques, una banda de Uri corrió contra Bellinzona; pero Cicco los apaciguó por dinero y juraron no volver á molestar el ducado. Sixto IV les dispensó del juramento, mandándole el estandarte bendito de San Pedro para que fuesen á defender al padre común, y á ayudar á los señores lombardos á restituir la libertad á Italia. Fueron, pues, en el rigor del invierno y en Giornico derrotaron á los ducales, consiguiendo una paz ventajosa.

Los tíos del duque, ayudados por los acontecimientos exteriores, se rehicieron, y volviendo á la ciudad, quitaron á Simonetta los cargos que desempeñaba y la vida (1). Después expulsaron á la duquesa, á pesar de que su debilidad

(1) El duque le creía inocente, y en una carta suya que existe en el archivo de Milan, escribe: « La causa principal de su muerte ha sido el señor Roberto (Sanseverino), el cual por su índole perversa y maligna, y por la enemistad y encarnizado odio con que habia perseguido siempre á Mr. Cicco, dedicó todo su cuidado y pensamiento á hacerle morir: no descansando hasta que vió cumplido su intento como vos, Mr. Hugo, sabéis demasiado etc. »

la hacía poco terrible, y Luis el Moro llegó á ser regente en nombre de su sobrino; pero sus deseos no se circunscribían solo á esto, y rodeado de sus hechuras, pensaba desembarazarse de Juan Galeazo y reinar en su lugar. Mas para ello le convenia que el país se hallase agitado, y al efecto invitó á Carlos VIII á una expedición, de la cual principian otros desastres para Italia, cuya peor desgracia es tener siempre desgracias nuevas.

CAPÍTULO XIX

Toscana. — Los Médicis.

Hemos seguido las vicisitudes de la Toscana, hasta el punto en que los Florentinos dejaron que los Pisanos se anticiparan en la conquista de Luca y queriendo recobrarla fueron derrotados en la Ghiaja (1). Los desastres dan siempre rigor al partido popular, atendiendo á que encontrándose cada uno obligado á contribuir á la reparación con sus propias fuerzas, conoce su valor y desea ejercerlas. Además, para abatir el poder de los nobles, proporcionaron á los siervos medios de hacerse libres, ya admitiéndoles en los Comunes, ya protegiéndoles en sus querellas contra los ricos. Después se instituyó un capitán de la guardia ó conservador del pueblo, que tenia á sus órdenes cien hombres de caballería y doscientos infantes, exento de obedecer las órdenes de la justicia y de dar cuenta á otros que á los priores de las artes. El primero fue Jacobo Gabriel de Gubbio, que severo y tiránico para contemperizar con la plebe, oprimió á los nobles, tratando de privarles de los castillos que poseían en un radio de veinte millas alrededor de la ciudad, proscribiendo algunos de los Bardi y Frescobaldi que intentaban cambiar el gobierno del Estado, y adquiriéndose tal odio, que cuando cesó en su destino, se mandó que ningún Gubbio se eligiese en lo sucesivo para cargos públicos.

Descontentos los Florentinos de la lentitud de los magistrados y de la pérdida de Luca, confirieron el señorío á Gualtero de Brienne, duque de Atenas, que estaba á sueldo. « Ni la sabiduría, ni la virtud, ni la antigua amistad, ni el mérito de los servicios, ni las afrentas vengadas, sino las grandes discordias (2), » obligaron á los Florentinos á sujetarse al dominio de este extranjero, que, tan avaro como ambicioso, procuró aprovecharse de las pasiones de todos los partidos y engañarlos á todos. Era péfido, obstinado, sin piedad y sin fe. Los antiguos nobles, excluidos de los negocios y vituperados por un poder que ya no ejercía, y los vecinos ricos, dominadores soberbios y odiados, para vengarse de la aversión y desconfianza con que la plebe los miraba, á porfía excitaban al duque

(1) Véase antes, pág. 112.

(2) Carta del rey Roberto al duque de Atenas.

á que usase de rigor; pero él se ensañó especialmente contra los últimos, resucitando antiguos procesos, en particular contra los que habian manejado los fondos del Comun. De este modo, lisonjeando á la vez á los nobles y á los plebeyos, y concediendo privilegios á sus fautores, logró al fin obtener el señorío sin ningún límite ni restricción. Entonces se quemaron los libros de las ordenanzas de justicia y los estandartes de los gremios, siguiendo este ejemplo Arezzo, Pistoia, Colle, San Geminio y Volterra, mientras Gualtero, rodeado de mercenarios Franceses y Borgoñones ejercía la mayor tiranía, con enormes impuestos, juicios injustos, lujo en festejos y abusos de poder, redimiéndose de Franceses ávidos de botín y de mujeres, defraudando á los acreedores públicos para acumular dinero, y castigando sin piedad á cualquiera que vituperaba su gobierno, de modo que un cronista concluía su relato en esta forma (1): « Mis carísimos ciudadanos, guardaos de entregáros á un tirano. »

Se alió con los Pisanos, los Scaligeri, los Stensi y los Pépoli, garantizándose recíprocamente sus dominios respectivos, y al mismo tiempo daba todos los destinos á la gente mas baja, excluyendo á los hidalgos. Así obtuvo la reputación vulgar de democrático; pero le duró poco, como sucede siempre con las reputaciones vulgares. Habiéndose aumentado su dominio, los grandes, los vecinos ricos y los artesanos formaron tres conjuraciones, ignorando los unos las de los otros, y gritando: *Viva el gobierno popular, libertad*, asaltaron el palacio del duque. Los partidos se reconciliaron, y el arzobispo interpuso su mediación para un acomodamiento; pero el duque se retiró, Guillermo de Asis, Cerrettieri Bisdómini y otros de aquellos miserables que jamas faltan para ayudar á los tiranos, é irritarlos contra su propia patria, fueron asesinados con tan furibunda rabia que llegaron hasta comer sus carnes. Se declaró fiesta solemne, igual á la de Pascua, el día de Santa Ana, y hoy ondean todavía en la iglesia de San Miguel los veintinueve estandartes de las artes en memoria de aquel acontecimiento.

Los Florentinos recobraron por dinero muchas plazas fuertes, cedidas á otros por el duque; pero Pistoia, que tenia el nombre de aliada, y que en realidad era esclava, tomando ejemplo de la que la dominaba, hizo salir de su territorio al capitán y guarnición florentina; también recobraron su independencia Arezzo, Colle y San Geminiano; Volterra volvió á poder de Octaviano de los Belforti, mientras que Siena continuaba independiente, y ponía freno á los nobles del campo.

Para establecer nueva forma de gobierno en Florencia, se nombraron catorce diputados con el arzobispo, y como todos habian cooperado á destruir la tiranía, se asignó á los magnates la tercera parte de los empleos; pero estos apenas

(1) Ricordi de FELIPE DE CINO RINUCCINI.